

Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Núm. 38 Vol. IV
Enero-Diciembre 2011

Historia



UANL®



Dr. Jesús Áncer Rodríguez
Rector

Ing. Rogelio G. Garza Rivera
Secretario General

Dr. Ubaldo Ortiz Méndez
Secretario Académico

Lic. Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Dr. Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Lic. Alfonso Rangel Guerra
Director del Centro de Estudios Humanísticos
Editor responsable

Mtro. Francisco Ruiz Solís
Corrección de estilo y cuidado editorial

Lic. Juan José Muñoz Mendoza
Diseño

Lic. Adriana López Montemayor
Circulación y administración

Humanitas, Año 38, N° 38, Vol. IV. *Historia*. Enero-Diciembre 2011. Fecha de publicación: 30 de marzo de 2012. Revista anual, editada y publicada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Domicilio de la publicación: Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías, piso 1º, Av. Alfonso Reyes, No. 4000 Nte., Col. Regina, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64440. Tel. + 52 81 83294000 ext. 6533. Fax: +52 81 83 29 40 00 ext. 6556. Impresa por la Imprenta Universitaria, Ciudad Universitaria s/n, C.P. 66451, San Nicolás de los Garza, Nuevo León, México. Fecha de terminación de impresión 15 de marzo de 2012.

Tiraje: 500 ejemplares.

Número de Reserva de Derechos al uso exclusivo del título *Humanitas* otorgada por el Instituto Nacional del Derecho de Autor: 04-2009-091012392000-102, de fecha 10 de septiembre de 2009. Número de certificado de licitud de título y contenido: 14,909, de fecha 16 de agosto de 2010, concedido ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. ISSN: 2007-1620. Registro de marca ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial: 1,169,990.

Las opiniones y contenidos expresados en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores.
Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier forma o medio, del contenido editorial de este número.

HUMANITAS ANUARIO

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Director Fundador

Agustín Basave Fernández del Valle

Director

Alfonso Rangel Guerra

Jefe de la Sección de Filosofía

Cuauhtémoc Cantú García

Jefe de la Sección de Letras

Alma Silvia Rodríguez Pérez

Jefe de la Sección de Ciencias Sociales

Ricardo Villarreal Arrambide

Jefe de la Sección de Historia

Israel Cavazos Garza

ANUARIO
HUMANITAS 2011

Historia

Israel Cavazos Garza
Coeditor

Fray Servando Teresa de Mier y la secularización de la cultura virreinal

Arturo Soberón Mora*
INAH

CUANDO EN JUNIO DE 1795 fray Servando Teresa de Mier sale desterrado para Europa, es todavía un religioso dominico de ideas y comportamiento ortodoxo. Su primera herejía, motivo de su defenestración, la había cometido apenas el 12 de diciembre del año anterior, al predicar el sermón para celebrar el aniversario de la Virgen de Guadalupe. En aquel glorioso festejo el padre Mier, además de refrendar con su prédica la preferencia de la virgen por los americanos, intentó birlar a los peninsulares la coartada histórica de justificar la conquista y colonización de América con la temprana prédica del evangelio en tierras americanas. La naturaleza del argumento con el que el fray Servando llevó a cabo su cometido, en presencia del virrey y del arzobispo de México, calificado en su momento por el propio José María Luis Mora como “no el más acertado”,¹ respondía a la intención del dominico –quizá no vislumbrada por éste con la suficiente claridad- de llevar hasta sus

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ José María Luis Mora, *Obras Completas*, vol. 8, Lillian Briseño, Laura Solares y Laura Suárez (Investigación, recopilación, selección y notas), México, Instituto Mora-SEP, 1988, “Necrología del Dr. Mier”, p. 175.

últimas consecuencias el tono de rivalidad que se había dado en los últimos años entre criollos y peninsulares en el marco de la celebración de la Virgen del Tepeyac.²

La base argumental del referido sermón la sintetizó el propio fray Servando en la siguiente cita de su correspondencia con el cronista de Indias Juan Bautista Muñoz:

Mi sermón se reduce a decir que la imagen de Guadalupe había tenido culto en el cerrillo de Tepeyacac, llamado por eso Tonantzin, o de nuestra madre y señora, desde que Quetzalcobuatl (que quiere decir Santo Tomás, y los indios llaman también Santo Tomé, como los de Oriente) le había anunciado el Evangelio. Quizá los cristianos la escondieron del furor de los apóstatas, cuando la persiguió cruelmente Huemac rey de Tula, y la virgen apareciendo a Juan Diego en 1531, envió su antigua imagen al obispo, mandando reedificarle su templo, etc., conforme a la tradición.³

El arzobispo Alonso Nuñez de Haro, hombre culto y de fino olfato político, pero prejuiciado hacia los criollos, vio en el sermón del padre Mier una peligrosa blasfemia política, que el prelado convirtió en religiosa para lanzar contra su autor un fulminante edicto en el que mandaba incautar sus papeles y lo ponía bajo seguro resguardo en el aislado convento de las Caldas, en España, por el desmedido plazo de diez años.⁴ Dado la proporción del escándalo

² Escribe el padre Mier al cronista Juan Bautista Muñoz en 1797: "... los sermones de Guadalupe en México [...] se han convertido en disertaciones apologéticas contra los españoles indianos, que como no nacieron en esa creencia, y tienen mucho de rivalidad nacional, no cesan de objetarnos las muchas dificultades que están saltando a la vista." Citado en "Cartas del Dr. Fray Servando Teresa de Mier al cronista de Indias Dr. Juan Bautista Muñoz, sobre la tradición de Ntra. Sra. De Guadalupe de México, escritas desde Burgos, año de 1797", en Ernesto de la Torre Villar, y Ramiro Navarro de Anda, *Testimonios históricos guadalupanos* México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 758.

³ *Ibidem*.

⁴ Fray Servando nació en la ciudad de Monterrey el 18 de octubre de 1763. Tomó el hábito de la orden de los Predicadores y estudió en el colegio de Porta Coeli de México. Recibió el grado de doctor en teología. Murió en las habitaciones de Palacio Nacional, en donde el presidente Guadalupe Victoria le había hecho su huésped, en 1827.

que suscitó el sermón de marras, magnificado por el arzobispo Haro con el fin de generar un ambiente de opinión favorable a su reacción al mismo, igualmente desmedida, pocos de los numerosos familiares y conocidos del padre Mier –temerosos de las consecuencias- se atrevieron a dar la cara a su favor. Antes bien, la ocasión resultó propicia para que antiguas rencillas y diferencias personales, generadas y alimentadas por la ya entonces descolante personalidad, controversial y provocadora del padre Mier –el contenido del sermón pareciera carta de presentación-, abonaran en apoyo de la medida arzobispal. Entre éstas últimas destaca la actitud mezquina del provincial de la propia orden de los dominicos, quien prácticamente dio el espaldarazo al edicto del arzobispo.⁵

Decidida su suerte, fray Servando la asumió no como condenado, sino como aquél al que le ha sido dada la oportunidad de poner a prueba su entereza en las agitadas arenas de la vida. Partió para España convencido de encontrar la forma y los recursos de demostrar la injusticia de que había sido objeto, sin sospechar siquiera en esos momentos que el claustro dominico de México no volvería más a ser su morada.

El accidentado y con frecuencia sufrido periplo que vivió Mier por Europa y que se extendió por poco más de veinte años, le permitió confirmarse en sus recelos antipeninsulares, enfrentando sin tregua las mil dificultades y escollos que opuso a sus gestiones reivindicadoras la burocracia real. Pero el prolongado exilio también le obligó a revisar la percepción que tenía, como todo buen católico novohispano, del halo de justicia que podía y debía emanar de la figura del monarca español, y de la solidaridad que podía esperar tanto de sus hermanos de orden como de la jerarquía eclesiástica en general. Los desengaños operaron en la febril mente del dominico –el cual no fue ajeno a las ideas separatistas que ya circulaban en América por aquellos años- como lentos pero seguros catalizadores

⁵ Las consecuencias del sermón, así como el contexto en el que se dio, han sido amplia y brillantemente analizadas por Edmundo O’Gorman en *Fray Servando Teresa de Mier, Obras Completas. El Heterodoxo Guadalupano*, T.I., Edmundo O’Gorman (estudio preliminar y selección de textos), México, UNAM, 1981, pp. 21-138.

que lo llevarían, en su momento, a asumir posiciones radicales.

Hasta antes de su destierro, el padre Mier había alcanzado cierta notoriedad en los círculos intelectuales novohispanos por lo ágil de su discurso y señalada originalidad en sus razonamientos.⁶ Es así que en las circunstancias del arresto inicial al que fue sometido por el arzobispo Haro en su celda del convento de Santo Domingo, así como en su posterior destierro, no encontró mejor arma que el de la palabra escrita. Ya desde su propia celda blandió la pluma en lances infructuosos cargados de erudición canónica: “A la mañana siguiente envié con el mismo superior un escrito al provincial, en el que le extractaba ocho Bulas pontificias sobre nuestros privilegios...”, e insiste, “repliqué con otro escrito [al prior del convento] en que le pedía se sirviese declarar por escrito si mi prisión era de orden del arzobispo, como me había enviado decir, o de la suya si lo fuese. Respondió...que no quería.”⁷ A partir pues de este memorable instante el padre Mier hizo de la escritura parte consustancial de su existencia misma, primero para organizar su defensa ante los tribunales e instituciones españolas y después para expresar su abierto activismo a favor de la causa independentista de México y la América hispana. Para lo primero escribió numerosos memoriales y representaciones, la mayoría de los cuales permanecen inéditos o se han perdido debido al encono con el que fue perseguido, persecución que alcanzó irremediablemente a sus papeles personales. Para lo segundo, fray Servando produjo los escritos más originales y consistentes emanados de su pensamiento político. De entre éstos destacan las dos *Cartas de un americano a El Español sobre su número XIX*, publicadas en Londres en 1811 y 1812, su *Historia de la Revolución de Nueva España* (1813), obra que con las cartas se consideran la primera

⁶ En el mes de noviembre de aquél 1794, fray Servando predicó el sermón que conmemoraba el traslado de los restos de Hernán Cortés a su nueva morada en el templo del Hospital de Jesús, sermón que le valió elevado crédito entre los asistentes al acto. David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, SEP-Setentas, 1973, pp. 64-65.

⁷ Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias*, Antonio Castro Leal (edición y prólogo), México, Editorial Porrúa, 1988, vol. I-102. (en adelante se citará solamente *Memorias*, vol. y pág.)

historia del movimiento insurgente americano, y la *Memoria Político-Instructiva, enviada desde Filadelfia en agosto de 1821 a los Jefes Independientes del Anáhuac* (1821), documento en el que, en vísperas del entronizamiento de Agustín de Iturbide, expresa un abierto rechazo a la monarquía como forma de gobierno.

En 1817, estando preso en las cárceles de la Inquisición, el padre Mier escribió sus Memorias, las que se componen de dos partes: la primera titulada *Apología del Doctor Mier*; la segunda, *Relación de lo que sucedió en Europa al Doctor Don Servando Teresa de Mier, después que fue trasladado allá por resultas de lo actuado contra él en México, desde julio de 1795 hasta octubre de 1805*. Aun cuando estas Memorias pueden considerarse parte de la intensión de autodefensa -si se tiene en cuenta que toda la primera parte está dedicada a demostrar, entre otras cosas, que en su famoso sermón no negó la tradición aparicionista de la Virgen, a replicar en forma minuciosa los argumentos del edicto que lo condenó, y referir las amañadas circunstancias en las que éste se dio- su contenido y la forma en que están redactadas, sobre todo la segunda parte, pueden verse también como el rompimiento definitivo de fray Servando con las formas discursivas del sermón. Éstas en nada servían en su denodada autodefensa y en su interés por lograr nuevos horizontes expresivos. Por ello en las páginas de las Memorias, Mier rebusca la expresión elocuente y novedosa, tal cual lo intentaría por esos mismos años Fernández de Lizardi, y recomendaba en sus trabajos Antonio de Capmany: “La verdad misma, realizada con la novedad de la expresión, y el calor del estilo, da más valor a la justicia de la causa, y gana los votos todos del auditorio.”⁸

En sintonía con lo anterior, Mier intentó también contemporizar con las modas literarias de la época al escribir unas Memorias. Sin duda, el periodo que tocó vivir al padre Mier –con la Ilustración por un lado y el romanticismo liberal por el otro como fronteras limítrofes-, significado por la vocación autobiográfica de sus grandes protagonistas empeñados en dejar constancia de su paso por este

⁸ José Gómez de la Cortina, *Diccionario de Sinónimos Castellanos*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1845, p. 181.

mundo, marcó su impronta en el nervioso ánimo de nuestro dominico. Si acaso Mier no leyó la mayoría de las Memorias o autobiografías asequibles en su momento, si tuvo conocimiento de las más populares, desde las disímbolas y con sabor a intriga cortesana de La Rochefoucauld (1613-1680) y el duque de Saint-Simon (1675-1755), hasta la elegante autobiografía de Edward Gibbon (1737-1794) y las escandalosas *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778).

En todo caso, y al margen quizá de frívolas modas literarias, el padre Mier creyó necesario dejar constancia escrita de su causa personal, con sus dichas y desventuras, y expresar a través de ella, con un tono de desenfado y cierta vena satírica, las razones de su condena, acompañadas de una alegre crónica de las vicisitudes de su deambular americano y europeo. Pero sobre todo ponderó llegado el momento de decir la “verdad franca” –como diría Gibbon- y de “instruir a la posteridad –afirma Mier- sobre la verdad de todo lo ocurrido...para que juzgue con su acostumbrada imparcialidad, se aproveche y haga justicia a mi memoria”. En el ocaso de la vida, cuando los hechos de los hombres ya no pueden alcanzarlo, fray Servando decide encomendarse al juicio de la historia “...pues esta apología ya no puede servirme en esta vida que naturalmente está cerca de su término.”⁹ En ese momento el padre Mier cuenta con cincuenta y seis años de edad.

Radiografía de un heterodoxo

El telón europeo se abre para fray Servando con su arribo al puerto de Cádiz y a partir de allí da inicio a la narración de la segunda parte de sus *Memorias*. El tono antisolemne que aquí utiliza, le permite mostrar otras facetas de su compleja personalidad. Su mirada se posa, de manera espontánea pero siempre crítica, sobre caracteres nativos y escenas de la vida cotidiana, y si bien su juicio se mantiene alerta acerca de todo aquello que considera forma parte de las razones que lo han llevado hasta esos lejanos sitios, nunca deja de dirigirle

⁹ *Memorias*, T. I-3.

una mueca cargada de ironía. Pero amén del tono jovial con el que fray Servando registra sus primeras impresiones españolas, el itinerario que describirá más adelante le descubre un mundo cultural que intuía y al que sólo había tenido acceso parcial en su tranquilo pero intelectualmente censurado universo novohispano.

El primer encuentro significativo que tuvo Mier en esa dirección se verificó en Madrid con el cronista de Indias Juan Bautista Muñoz. Después de haber sido encerrado en el monasterio de las Caldas, de donde se fuga y es trasladado al convento de San Pablo de Burgos, fray Servando es trasladado a Madrid.¹⁰ En las Caldas y Burgos, el rudo trato que recibe de sus hermanos de orden, incrementan su indisposición hacia la burocracia eclesiástica y comienza a adquirir la certeza -no explícita pero dibujada en sus comentarios- de que la Iglesia católica no es la pretendida institución monolítica integrada por hombres humanamente distintos pero en mancomunada misión religiosa. Antes bien -parece decirnos- se trata de una más de las innumerables corporaciones seculares, en la que caben, como en cualquiera de ellas los más extraviados intereses personales y dominios ideológicos. Es entonces cuando parece adivinarse una cierta tendencia secular en Mier. Sus hermanos de orden dejan de serlo para él en tanto su ordinarietà intelectual y espiritual los reduce, a su vista, a la condición de simples cortesanos con hábito. La experiencia, sin embargo, lo prepara para el encuentro con el cronista Muñoz.

Dice Mier que desde su encierro de Burgos comenzó a tener correspondencia con Muñoz, aseveración que pone en seria duda Edmundo O’Gorman, pero aún así, la influencia que tendrá aquél sobre el pensamiento de fray Servando será definitiva.¹¹ Unos años antes Muñoz había recibido el encargo del rey de redactar la historia del Nuevo Mundo, para cuyo objeto se dio a la ingente tarea de recopilar toda clase de materiales sobre asuntos americanos. En 1794, aprovechando el acopio que había logrado de ese género de

¹⁰ *Ibid.* T. I- pp. 223-240.

¹¹ *Obras Completas. El Heterodoxo Guadalupano*, T. III, Edmundo O’Gorman (estudio preliminar y selección de textos), México, UNAM, 1981, pp. 59-88.

fuentes documentales y bibliográficas, redactó una “Memoria sobre las apariciones y el culto de Nuestra Señora de Guadalupe”,¹² que leyó aquel año en el seno de la Real Academia de la Historia de Madrid. A la revisión de las obras de autores como Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, Miguel Sánchez, Luis Becerra Tanco, el padre Francisco Florencia, Carlos de Sigüenza y Góngora, fray Bernardino de Sahagún y otros, Muñoz llegó a la conclusión de que hasta mediados del siglo XVII no se había tenido noticia clara de las apariciones de la Virgen de Guadalupe, por lo tanto no había forma de documentar los orígenes de la tradición aparicionista. La Memoria de Muñoz no sería publicada hasta 1817, lo cual supone que el padre Mier no la conoció hasta esa fecha, sin embargo, dado el sumo interés que tenía en la materia, nada impide suponer que pudiese haber consultado una copia manuscrita de la Memoria o que el propio cronista Muñoz, u otro personaje versado en el asunto, refiriese a Mier los pormenores de su contenido, posibilidad nada remota pues como el propio Mier asentó en sus *Memorias*, “Los europeos ni acá ni allá creen tal tradición [aparicionista]”.¹³ Una copia de la misma había sido incorporada al expediente de Mier en aquellos días como prueba de descargo.¹⁴ Para el dominico, en última instancia, el juicio de Muñoz era digno de todo crédito: “En España sólo se trata con respeto a nuestro país de las minas de oro y plata, y por alguna rara casualidad se suele encontrar un hombre como Muñoz instruido en nuestras cosas.”¹⁵ Como quiera que sea, el pecado de la duda había sido inoculado en la mente del padre Mier, en su ánimo la tradición aparicionista se tambaleaba ante la certeza irrefutable de los testimonios documentales; su ortodoxia comienza a mostrar cuarteaduras y, en esos días de incertidumbre el destino está próximo a ponerlo a prueba con prendas irresistibles: París, la llamada capital de la filosofía materialista, estaba al alcance de otra fuga.

¹² Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *Testimonios históricos guadalupanos*, pp. 689-701.

¹³ *Memorias*, T. I- p. 261.

¹⁴ *Ibid.* T. I- p. 251.

¹⁵ *Ibid.* T. I- p. 270.

De Madrid, Mier se dirige a pie al monasterio del Escorial para entregar al rey sus documentos, en un nuevo e infructuoso intento por lograr la revisión de su sentencia. Vuelve a ser encerrado en Burgos en donde perpetra otra evasión, que el padre Mier se solaza en describir en sus *Memorias* adornada con ribetes de vistoso dramatismo:

Un golpe de rayo paralizó por cuatro horas mis potencias y sentidos. Pues vamos a perderlo todo, dije yo... y comencé a arbitrar los medios de escapar ...Recurrí al religioso que me había ofrecido sacar al principio...me sugirió que podría descolgarme con el cordel que formaba el catre de mi cama...Con él atado de la ventana comencé a descolgarme en el punto de media noche, hora en que el fraile centinela se retiraba con ocasión de los maitines; y mientras hubo ventanas en qué estribar, bajé bien; pero después con el peso del cuerpo las manos se me rajaron, y sin saber de mí, bajé más aprisa de lo que quisiera...Acabé mi volatería todo averiado...y corrí hasta un cuarto de legua de Burgos, donde está el hospital de los comendadores del rey, los cuales me ocultaron aquél día...salí a las ocho de la noche ...descansando de día, caminando de noche, echándome fuera del camino a cada ruido que oía, debatiéndome con los perros que en batallones ocupan los pueblos; y temblando de los ladrones que capitaneados por Chafaldin desolaban a Castilla la vieja...y mis pies y piernas se hincharon de manera que después de dos noches de camino, tardé casi un día en andar una legua, hasta llegar a un pueblo tres leguas distante de Torquemada, donde me puse a llorar.¹⁶

Repuesto Mier de su osada fuga se traslada a Valladolid, “en calidad de clérigo francés emigrado”, sin embargo el furor de sus perseguidores le obliga a salir de Madrid, a donde se había dirigido, y con ayuda de algunos conocidos huye con identidad falsa para Alcalá de Henares. Sale Mier de Aragón e ingresa a Navarra protegido por agentes encubiertos para finalmente ingresar a Francia un viernes de Dolores de 1801.

¹⁶ *Ibid.* T. II- pp. 12-13.

Fray Servando tuvo dos estancias en París muy cortas e irregulares pero muy significativas, sobre todo la primera, que va desde el año de su arribo en 1801 hasta su salida para Roma al año siguiente. Regresa en 1814 para aparentemente retornar al cabo de unos meses a Inglaterra, en donde había permanecido desde 1811.¹⁷

Conocer la ciudad de París significó para fray Servando someterse a un influjo secular inesperado. El primer impacto que resintió fue el de saberse religioso con hábito dominico en medio de una sociedad que miraba con marcada sospecha a todo eclesiástico. Las Asambleas revolucionarias, desde los convulsionados días de Marat, Danton y Robespierre, habían obligado al clero a prestar sucesivos y comprometedores juramentos, de los cuales sólo el de la Constituyente podía ser aceptado por éste. Tal situación había llevado al clero francés a un profundo proceso de polarización interna y descrédito social, convirtiéndose sus miembros en individuos políticamente sospechosos y en consecuencia perseguidos y con frecuencia ejecutados.¹⁸ A esto habría que agregar que si antes de la revolución el vestido marcaba las diferencias sociales, a partir de la misma éste adquirió un significado político insoslayable.¹⁹ De tal suerte que si la elección de un determinado atuendo pudiese verse asociado a una preferencia política, es fácil imaginar la reacción ante la vista de un hábito.

Para Mier este contexto le acarreo no escasas incomodidades, pues atraído fuertemente por la vida cultural parisina, su condición de religioso con hábito le embarazaba asistir a los sitios públicos: *el oficio por todas partes me ceñía, -se queja- porque en Francia sería un escándalo ver un clérigo en un teatro, en el paseo público, especialmente los días festivos, y aún en un café.*²⁰ Advertimos sin duda alguna que en todos esos

¹⁷ José Eleuterio González, *Biografía del benemérito mexicano D. Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra*, (edición facsímil de la de 1876), Nuevo León, Gobierno del Estado-UANL, 1978, pp. 329-366.

¹⁸ Pierre Goubert, *Historia de Francia*, Marta Carrera y Marga Latorre (traducción), Barcelona, Editorial Crítica, 1987, cap. XIV.

¹⁹ Lynn Hunt, “La vida privada durante la Revolución Francesa” en Philippe Ariès y Georges Duby (dirección), *Historia de la vida privada*, Francisco Pérez Gutiérrez y Beatriz García (traducción), T. 4, Madrid, Taurus Ediciones, 1989, pp. 24-28.

²⁰ *Memorias*, T. II- p.30.

sitios fray Servando fue un asiduo concurrente en las estancias que tuvo en París:

Es cosa muy notable en París porque es lugar de la concurrencia general, lo que se llama Palais-royal formado en el antiguo jardín del palacio del duque de Orleans. Es un cuadro de galerías, con habitaciones encima de soberbia fachada, y en medio árboles, formando un paseo y jardincitos de flores... En sus columnas se ponen todos los avisos de obras, novedades &c., y en sus tiendas... se vende lo más pulido en todo género aun de libros.²¹

Los cafés parisinos, por otro lado, parecen haber sido los refugios más frecuentes de Mier. A través de la prensa que estos establecimientos ponían al alcance del público, podía estar al tanto de los acontecimientos mundiales, muy particularmente de los sucesos americanos.

En medio de este perturbado e incómodo contexto fue recibido fray Servando por el obispo Henri Grègoire, quien encabezaba al clero constitucionalista francés y además era la cabeza visible del movimiento jansenista.²² Sensible Mier, dada su condición de convicto político y eclesiástico, a doctrinas y posiciones políticas que le permitiesen exculpar y emanciparse de su situación, su simpatía por el obispo Grègoire era inevitable. Sobre todo el horizonte histórico en el que se instalaba el jansenismo francés, el cual se refugiaba en las premisas de la Iglesia primitiva para soslayar las prerrogativas de la llamada “monarquía papal”, eran puntos de gran atractivo para Mier. No así quizá o, por lo menos no tan convincentemente, el combate a los jesuitas - autodeclarados defensores del Papa-, que implicaba el asumir una

²¹ *Ibid.* T. II- p. 53.

²² Aunque los orígenes del jansenismo se ubican en el siglo XVII con la publicación en 1640 de la obra *Agustinus* del teólogo católico flamenco Cornelio Jansen, la versión regalista y galicana que publicitaba el obispo Grègoire se desprendía de la proclamación que hicieron los obispos de Francia en 1682, según la cual, el poder temporal era independiente del poder espiritual. Además, los obispos podían rechazar las declaraciones del Papa en asunto de fe hasta que un concilio general de la Iglesia los confirmase infalibles. Los jesuitas, defensores naturales del Papa, asumieron el combate frontal hacia los autores que simpatizaron con dicha postura y los etiquetaron de jansenistas. Richard Herr, *España y la revolución del siglo XVIII*, Elena Fernández Mel (traducción), Madrid, Aguilar Ediciones, 1975, pp. 12-20.

posición jansenista. Fray Servando venía de una sociedad, como la novohispana, en donde la labor educativa desarrollada por los ignacianos hasta antes de su expulsión en 1767 había dejado una honda impresión. Una percepción similar observó en su visita a Roma, lo que le llevó a ver con cierto respeto el ascendente intelectual y pedagógico jesuita:

“Los jesuitas son en el mundo los agentes de Roma. Ellos le atraían con el Colegio o Seminario romano y el Colegio Germánico-Húngarico la más lucida juventud de Italia y Alemania...no dejaban de enseñar todavía, y componían casi toda la literatura de Roma. Esta orden...profesa...las Bellas Letras...sin que las demás órdenes les puedan competir, porque han abandonado las humanidades que son el fundamento de escribir bien.”²³

Y reconoció igualmente la gran influencia que mantenían en el medio burocrático eclesial: “casi todos los consultores de los cardenales eran ex-jesuitas.” A la sensación contradictoria que le reportaba este antecedente, se sumaba el hecho de que varios de los personajes de envergadura intelectual con los que había tenido trato en su destierro eran o habían sido jesuitas, como el lingüista Lorenzo Hervás y Panduro, el historiador Juan Francisco Masdéu o el literato Pedro Montengón; y si esto no le incomodaba tanto como el uso del hábito por lo menos le llevaba a cierta moderación.

La simpatía pues, que tuvo fray Servando por el obispo Grègoire, no pasaba por alto la fama política que éste se había construido a partir del papel protagónico que tuvo en la Asamblea Nacional al jurar la Constitución civil de 1791 que, entre otras cosas, delegaba en la masa del electorado la elección de los obispos.²⁴ “Abogado

²³ *Memorias*, T. II-105-106. En otro pasaje abunda en los reconocimientos: “Por otra parte, sus costumbres son buenas, porque como el número de sus profesos es muy corto, y sólo profesan en edad muy proveya, siendo todos los demás estudiantes que sin darles razón ni otra ceremonia ponen en la calle cuando se les antoja, el número que queda es escogido.”

²⁴ Antes de la Constitución los obispos sólo eran electos por los sacerdotes. David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, p. 83.

universal de los oprimidos”, como le llama Brading, Grègoire impresionó a Mier por su interés en la obra de Bartolomé de las Casas a favor de los indios americanos, de cuya obra el segundo editó una versión francesa en la que –como lo hiciese por razones parecidas Francisco Javier Clavijero en su obra sobre la historia antigua de México- rechazaba las acusaciones de Paw, Robertson y Raynal de haber sido Las Casas el introductor del esclavismo americano.²⁵ En suma, los principios republicanos que pregona Grègoire, tanto para el Estado como para la Iglesia, fueron para Mier elementos que coadyuvaron a moldear su mentalidad revolucionaria y a definir, en consecuencia, su actividad política a favor de la Independencia de México y su transformación en una República.

El repudio de Mier por la autoridad papal, reforzado por las ideas jansenistas en general y la influencia del obispo Grègoire en particular, seguramente lo impulsaron a su decisión de secularizarse, pero también cabe pensar que, dada la ya señalada incomodidad del hábito, esa decisión atendiese igualmente a razones menos políticas y solemnes, como la dificultad misma que encontraba para desplazarse socialmente –por lo menos en el ambiente europeo de esos años- con entera libertad. Facilitar su defensa era un buen argumento, pero ¿acaso no lo era también el poder asistir, sin padecer miradas inquisitoriales, al teatro, a los cafés, los paseos públicos, al *Palais-royal*, los cabarets o simplemente leer los almanaques de las cortesanas?

Paradójicamente, la condición de fray Servando de religioso regular extranjero y además teólogo versado, le permitió lograr una relativamente rápida integración al ambiente de la sociedad parisina. Al poco tiempo de su estancia en la ciudad, después de hacerse notar a través de una supuesta réplica al historiador Volney y habida

²⁵ Dice Mier: “El obispo de Blois, Grègoire, mi amigo y famoso defensor de los negros y pardos, sospeché la calumnia contra el obispo Casas, y en 1801 dio a luz en París su elocuente apología sobre este particular”, *Escritos inéditos. Fray Servando Teresa de Mier*, J. M. Miquel I Verges y Hugo Díaz-Thome (Introducción, notas y ordenación de textos), México, INEHRM 1985, “Idea de la Constitución dada a las Américas por los reyes de España antes de la invasión del antiguo despotismo”, p. 319.

cuenta de la escasez de sacerdotes provocada por el proceso revolucionario, le fue encargada a Mier la parroquia de Santo Tomás, ubicada en esos años en el centro de París, oficio que por lo menos le reportó una experiencia novedosa, al tener que aprender prácticas litúrgicas distintas a las que estaba acostumbrado, según nos cuenta. Por otra parte, tampoco faltaban trasterrados americanos con quienes entablar relación, como el caraqueño Simón Rodríguez,* con quien montó escuela para la enseñanza del castellano. Al tiempo que se ufana de tratar a Chateaubriand y de haber hecho –hasta el momento sin prueba alguna– una traducción de su obra *Atala*. En fin, Mier se mueve, se informa del ambiente literario del momento, conoce de cerca los vericuetos de la gran industria editorial y está al tanto de las ideas políticas en circulación. Toda esa actividad no le impide además mantenerse al día de todo lo concerniente a su patria; le inquieta sobremanera la reciente expansión de los Estados Unidos hacia el sur, impulsada con la adquisición de la Luisiana a Francia y, consternado, expresa profético: “...han puesto su fuerte clayborne a sesenta leguas de nuestras poblaciones de Texas. No tardarán mucho en hacerse dueños de las provincias internas del Oriente y llegar hasta México por razón natural”.²⁶

La lengua y los riesgos de la secularización

La prensa y los libros fueron para fray Servando su vínculo permanente con la patria lejana, al igual que las herramientas de acceso a otras formas de entenderla y apreciar su mundo circundante y adyacente. No extraña por ello que la lengua haya sido una de sus fuentes constantes de escrutinio, tanto en el plano académico como en el práctico.

Debe insistirse entonces que la mirada secular de Mier se nutría invariablemente de la palabra escrita, de allí la constante atención que el dominico reservaba en sus textos e indagaciones intelectuales a los asuntos del lenguaje. Su interés en el mismo iba desde los temas gramaticales –“Yo profesé la lengua española en París y Lisboa,

* Como es bien conocido, Simón Rodríguez fue preceptor de Simón Bolívar.

²⁶ *Memorias*, T. II- p. 27.

he meditado mucho sobre ella, he llegado a fijar su prosodia...”-²⁷ hasta aspectos relacionados con la más exacta y ordenada expresión del pensamiento. Inquietudes que, junto a las de la elocuencia, la originalidad y el vigor expresivo, coincidían en Mier como parte de las preocupaciones lingüísticas del periodo. A Mier le importaba igualmente la puntualidad semántica de la expresión y todo aquello que las diferentes lenguas, a través de su evolución histórica significaba para el pensamiento. Lengua y sociedad, lengua y política, lengua y literatura eran para fray Servando atados constantes en su forma de ver y entender el mundo. No resulta casual así que fuese el primero en señalar, en su momento, los empeños de los estadounidenses por apoderarse tempranamente del gentilicio *americano*, y por ese sólo acto dejar al resto de las sociedades continentales como especies subalternas o sociedades de arribada tardía, o de menor cuantía, a la tierra prometida.²⁸

La palabra y la forma de asumirla es también acto político, Mier es perfectamente consciente de ello y lo señala tal cual, secamente, en aquellas acciones en que, a su juicio y bajo la imposición de la lengua ajena, se violenta la trayectoria histórica de una sociedad. Su amada República del Anáhuac o México, le ajusta bien para ejemplificarlo y trae a colación la nomenclatura que los conquistadores impusieron a las poblaciones mexicanas, dice Mier:

...la hipocresía de los conquistadores, imponiendo a todos los lugares nombres de santos, convirtió nuestra geografía en calendario y no pueden entonar ningún canto nuestras musas sin mezclar las letanías.

*Esto hubiera sido tolerable en lugares de nueva fundación, como en los Estados Unidos; pero entre nosotros han sido rarísimos, y los nombres que tenían en México los pueblos explicaban su situación topográfica, sus productos o pasajes de su historia.*²⁹

²⁷ Afirmación del padre Mier en dos textos: *Carta de despedida a los mexicanos. Escrita desde el Castillo de S. Juan de Ulúa por el D. D. Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra.*, Impreso en Puebla en la Imprenta Liberal de D. Pedro Garmendia, 1821, p. 2; y en el “Manifiesto apologético del doctor dn, Servando Teresa de Mier” en *Escritos inéditos. Fray Servando Teresa de Mier*, p. 137.

²⁸ “Sobre los nombres antiguos y modernos de las Américas”, en Fray Servando Teresa de Mier *Obras Completas. IV- La formación de un Republicano*, Jaime Rodríguez O. (Introducción, recopilación y notas) México, UNAM, 1988.

²⁹ *Ibid.* p. 82.

Esta posición la defendió el padre Mier con invariable energía hasta su vejez. Su *Carta de despedida a los mexicanos*, escrita cuando estaba preso en los calabozos de San Juan de Ulúa en 1820, en víspera de ser deportado a Europa, Mier la inicia con un exhorto a los mexicanos para que se empeñasen en conservar el uso de la letra x en la escritura de los nombres provenientes de la lengua náhuatl y que no permitieran la sustitución por la letra j. Las razones ortográficas que esgrimió la Real Academia de la Lengua española al dar a conocer esos cambios en la octava edición de su *Ortografía*, eran para Mier inaceptables.³⁰ O’Gorman señaló en su momento que los motivos para rechazar tal medida, más que de índole ortográfico, tenían que ver con una posición de orden nacionalista con la que fray Servando, por partida doble, desconocía por un lado las normas de la Academia de la Lengua española por su calidad de extranjera³¹ e intentaba, por el otro, reivindicar el pasado indígena señalando el agravio que, a su juicio, sufrirían los nombres mexicanos en su tradición fonética indígena original -empezando por el nombre mismo de México-, al sustituir una letra por la otra.³² En esos años el jesuita Lorenzo Hervás y Panduro, después de varios encuentros

³⁰ El argumento de la Academia es el siguiente: “...para la escritura el sonido fuerte o gutural de la x...confundiéndose con el de la j y el de la g en las combinaciones *ge, gi*, se ignoraba, o dudaba a lo menos, con cual de estas tres letras se había de escribir una voz como *page* o *gigote*. La Academia, persuadida de que cada sonido debe tener un solo signo que le represente, y que no debe haber signo que no corresponda a un sonido o articulación particular, ha reducido la x al sonido suave que tiene en las voces *examen, excension, excitar*, y que tuvo en su origen cuando la tomamos de los latinos...y ha trasladado a la j y a la g en sus casos respectivos las voces en que la x sonaba con la fuerza y aspereza gutural que provino de los árabes.”, *Ortografía de la Lengua Castellana, compuesta por la Real Academia Española*, octava edición notablemente reformada y corregida, Madrid, en la Imprenta Real, año de 1815, p. XIV-XV.

³¹ “En el Diccionario de la última impresión escriben México –dice Mier- con j según he oído, y en la última de la Geografía quieren que se escriba con g como voz de incierto origen. Nosotros que lo sabemos, escribamos siempre México, sin hacer voto de obediencia a los caprichos de una Academia extranjera.” *Carta de despedida a los mexicanos...*, “Nota del Autor” s/p.

³² Edmundo O’Gorman, *El pensamiento político del Padre Mier*, México, UNAM, 1945, Prólogo.

con los censores de la Inquisición, publicaba su *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas y numeración, división y clase de éstas según la diversidad de idiomas y sus dialectos* (1801), en la cual establecía una primera clasificación de las lenguas amerindias, y que seguramente fray Servando leyó con atención.³³ El reconocimiento académico de las lenguas indígenas americanas implicaba, de hecho, un reconocimiento político a esa tradición lingüística.

Bien se confirma que Mier compartía con la mayoría de los literatos ilustrados de inicios del siglo XIX, el concebir al lenguaje como una herramienta imprescindible para acceder y reproducir las formas simples y complejas del pensamiento. Más aun, cada pueblo hace del lenguaje un idioma propio y distinto de los demás, el cual responde a una formación histórica en particular y le asigna, en consecuencia, carácter y personalidad. Estar al tanto de los orígenes y evolución de las diferentes lenguas, formaba parte entonces de la habilidad que debían desarrollar para su manejo más amplio y adecuado. Mier no era ajeno a estas premisas, antes bien, las consideraba parte de su abono intelectual. En su accidentado tránsito europeo tuvo infinidad de ocasiones de entrar en contacto con las diferentes lenguas locales. Ve, escucha distintas lenguas, los diferentes acentos de una misma, relaciona, saca conclusiones y explica: tratándose de lenguas romances –nos dice-, el latín es el origen de todo, y en un arranque de erudición añade:

*Como la lengua latina era la lengua general en España, Italia y Francia, y estos reinos estuvieron divididos en muchas pequeñas soberanías, después de la invasión de los bárbaros del Norte, fueron corrompiendo en cada una de diferente manera el latín, y adoptando muchos términos de los dominantes.*³⁴

En sus *Memorias* el dominico no parece religioso, habla como hombre de mundo, uno de sus modelos es Alejandro de Humboldt

³³ La obra de Hervás fue posteriormente de gran utilidad para las investigaciones lingüísticas que llevaron a cabo Manuel Orozco y Berra y Francisco Pimentel. Bárbara Cifuentes, *Lenguas para un pasado, huellas de una nación. Los estudios sobre lenguas indígenas de México en el siglo XIX*, México, Plaza y Valdés-Conaculta-INAH, 2002, pp. 48-56.

³⁴ *Memorias*, T. II- p. 69.

a quien trató y admira pero no corteja. Es mas bien un referente notable de un ámbito secular del que Mier se siente parte integral. Por eso, en sus observaciones, discurre y señala sin complejos. Su experiencia y vastos conocimientos le permiten sentirse investido de autoridad intelectual y moral para marcar la pauta, entre otras cosas, en asuntos relacionados con la lengua castellana y sentencia: “los madrileños son los que peor hablan el castellano.” Pero por otra parte su pretendido academicismo se deja arrastrar por acervos rencores antipeninsulares y entonces Mier incurre visceralmente en el estruendo verbal:

*el lenguaje del pueblo madrileño anuncia lo que es, un pueblo el más gótico de España. Una calle se llama de arranca-culos, otra de tentetiezo, una de majaderitos anchos, otra de majaderitos angostos. Uno vende leche, y grita ¿quién me compra esta leche o esta mierda?*³⁵

Los madrileños, con todo, no son los únicos destinatarios de sus mordaces dicitos; los aragoneses hablan, según el dominico, muy feo y golpeado. De tal suerte que en los sitios hacia donde las tribulaciones de su defensa legal lo llevan, se da un tiempo para reparar en la lengua oral; en su prisión de Sevilla tuvo por carcelero menor a un “*tozudo a quien llamábamos rompiendas, —dice— porque los vizcaínos por decir calzones rotos o rompidos, dicen calzones rompiendas.*”³⁶

En lo que respecta al lenguaje escrito, las observaciones de Mier no son menos punzantes que con el hablado. Critica, sobre todo, las deficientes traducciones que en su momento se hacían en España de los numerosos autores franceses e ingleses, principalmente, que dominaban la escena cultural. Señala sobre todo el hecho de que, la mayoría de las veces, los traductores no respetaban el texto original y lo mutilaban o cambiaban el sentido de su contenido, si acaso éste era desfavorable a algún aspecto de la cultura o la política españolas.³⁷ Así, Hugo Blair en su versión española, nos dice Mier

³⁵ *Ibid.* T. II- p. 160.

³⁶ *Ibid.* T. II- p. 236.

³⁷ *Ibid.* T. II-pp.185-186..

con sorna, tiene un discurso más florido que en su lengua materna. Del ojo crítico de Mier tampoco escaparon los diccionarios, herramienta indispensable para todo el que escribe; el que produjo la Academia de la Lengua era “sumamente incompleto” y mucho más –pensamos- si cambia la x por la j, “la correspondiente latina muy mala”.

De la monarquía a la república

La segunda estancia que tuvo el padre Mier en París en 1814, se dio en un contexto político europeo y americano muy diferente y en condiciones, para nuestro personaje, muy distintas en todos sentidos a la primera: las tropas francesas habían invadido España en 1808, orillando a Carlos IV a abdicar a favor de Fernando VII, éste abandona España y provoca, con ello, una crisis de legitimidad política de grandes repercusiones, tanto para la península como para sus posesiones ultramarinas. Producto de esos acontecimientos, en Nueva España cunde el nerviosismo entre los funcionarios; el virrey Iturrigaray, tocado por la ambición, vacila en las decisiones políticas y es depuesto por la oligarquía económica asociada a los intereses peninsulares: la inconformidad criolla se profundiza. Dos años después el cura Miguel Hidalgo y Costilla se apresta a encabezar el movimiento insurgente mexicano, en forma casi paralela a la mayoría de los levantamientos libertarios que se desataron en la América española. Mientras tanto en España la Suprema Junta Gubernativa del reino, en ausencia del rey, convoca a las Cortes “generales y extraordinarias”, a las que asisten por primera ocasión diputados americanos, quedando instaladas en febrero de 1811.

En el mismo lapso, fray Servando había viajado a Roma y logrado su secularización de la orden dominica en 1803. En 1804 padece nueva prisión en Madrid; escapa y vuelve a ser apresado en Cádiz. Con su probada habilidad para embrollar a sus carceleros, se fuga de su encierro en Cádiz para trasladarse a Portugal donde permanece tres años fungiendo como secretario del cónsul español en Lisboa; se desempeña, al igual que en París, como profesor de lengua castellana, al tiempo que predica con éxito entre judíos y atiende a

los militares españoles presos de las tropas francesas. En reconocimiento a su labor se le incorpora como capellán del ejército español que combate a las fuerzas invasoras. Su experiencia castrense no resulta afortunada y lo capturan los franceses, pero se fuga de nueva cuenta. Hacia 1811 se traslada a Londres con el fin de “defender por la prensa los derechos de su patria.” Se relaciona con el grupo de americanos que allí trabajan a favor de la insurgencia de sus países de origen. Su acercamiento al argentino Carlos Alvear le lleva a formar parte brevemente de la logia que éste funda para agrupar a los americanos insurgentes. En las reuniones de ésta conoce a los representantes de la Junta Revolucionaria de Caracas, integrada por Simón Bolívar, Luis López Méndez y Andrés Bello, entre otros.³⁸ Lee con detenimiento a Thomas Paine, se interesa por las tesis utilitaristas de Jeremy Bentham, no es ajeno a las doctrinas del derecho de gentes de Vattel. En 1814 se traslada a París por lapso de unos meses y retorna a Londres en donde permanece hasta 1817. A partir de su ingreso a Portugal, Mier interrumpe desafortunadamente y sin razón aparente el relato de sus *Memorias*.

Entretanto los hechos se suceden con gran rapidez, pero fray Servando se da su tiempo para asistir en París a las tertulias del obispo Grègoire con quien refrenda lazos de amistad y su vigente adhesión a las ideas jansenistas que el obispo defendía. En esta ocasión se hace acompañar por Lucas Alamán, quien trata a Mier con abierta simpatía, casi podría decirse con admiración. No es para menos, Mier llega a París con su *Historia de la Revolución...* bajo el brazo, obra que Alamán tendría a la vista en primer término llegado el momento de escribir su propia versión de la revolución de Independencia mexicana.³⁹ De hecho, esta obra era el producto del

³⁸ José R. Guzmán, “Fray Servando Teresa de Mier y la Sociedad Lautaro”, en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 7^a. Época, (1) 49, México, 1969, p. 278.

³⁹ Alamán elogió sin reservas la obra de fray Servando: “Esta obra, escrita con elegancia, y dispuesta con mucho artificio, será siempre apreciable por la multitud de noticias que contiene y por el talento con que el autor trata las materias de que se ocupa, dejando aparte de todo lo que es hijo de las circunstancias y obra del espíritu de partido que reinaba en el momento.” Lucas Alamán, *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, (edición facsímil de la de 1849), México, FCE-Instituto Cultural Helénico, 1985, T. I, p. 269.

trabajo intelectual y del intenso activismo político -a favor no sólo del movimiento insurgente de México, sino de todos los que se debatían en aquellos años en los virreinos americanos- que fray Servando había estado desarrollando en su estancia en Londres. Era también el producto de la relación que entabló en esta ciudad con José Blanco White, uno de los más conspicuos personajes españoles del periodo. Entre 1810 y 1814 Blanco redactó en Londres un periódico titulado *El Español*, publicación en la que hallaban vecindad ideas y miradas políticas de origen aparentemente inconexo: unas -haciéndose eco de las tesis románticas del periodo que tendían a idealizar el pasado histórico- hurgaban en la literatura medieval en busca de la naturaleza española; otras, promovían formas de gobierno de orden constitucionalista, caracterizadas por un ejecutivo fuerte y, en otras más, Blanco se declaraba partidario radical de los movimientos independentistas que en esos años libran las sociedades americanas; escribe en *El Español*: “El pueblo de América ha estado trescientos años en completa esclavitud...La razón, la filosofía, claman por la Independencia de América.”⁴⁰ A este periódico remite fray Servando sus dos *Cartas de un americano* de 1811 y 1812, en las que por vez primera hace pública su militancia a favor de la causa insurgente, y niega los orígenes jacobinos que se imputan a ésta.

Finalmente, la *Historia...* del padre Mier es, asimismo, el trabajo en el que se perfila en su simpatía por el régimen constitucionalista, y si bien aun vacila en decidir entre la forma de gobierno republicana o monárquica, en los años siguientes su definición por la república no dejaría lugar a dudas.⁴¹

Instalado nuevamente en Londres, fray Servando reactiva sus relaciones con el grupo de americanos insurgentes; conoce a

⁴⁰ Cfr. Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles. Regalismo y Enciclopedia*, Arturo Farinelli (Prólogo), México, Editorial Porrúa, 1983, p. 355.

⁴¹ Estos conceptos los dejó asentados por vez primera el padre Mier en su *Historia de la Revolución de Nueva España* y en el *Manifiesto Apologético*, en los cuales se hacía eco de las ideas que al respecto había expresado el abate de Pradt, el cual sugería que la Nueva España debía convertirse en una monarquía constitucional. Fray Servando Teresa de Mier, *Obras Completas. IV La Formación de un Republicano*. Introducción.

Francisco Javier Mina y se embarca con este en 1817 hacia los Estados Unidos. En la nave que los transporta viaja también el caraqueño Juan German Roscio (1763-1821), quien ese mismo año publicaría en Filadelfia *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*. En esta obra, Roscio entablaría un combate ideológico frontal contra quienes utilizaban la religión católica como soporte de opresión en las naciones americanas. Acudiendo a los textos de las Sagradas Escrituras y de los padres de la Iglesia, Roscio construyó los argumentos que le llevaron a replicar la teología que justificaba la conquista y dominación de unos pueblos por otros.⁴² Ya podrá adivinarse que las tesis del caraqueño fueron de gran atractivo para Mier, quien para esos años no le eran totalmente ajenas ideas parecidas.

Como se sabe el comandante realista Joaquín Arredondo malogró los planes de Mina y el padre Mier terminó confinado en las cárceles del Santo Oficio de México, sometido al embargo de su biblioteca y papeles personales.⁴³ Al ser restaurada la Constitución española en 1820 queda suprimida la Inquisición, entonces fray Servando es remitido a España después de tres años de encierro, pero en su escala en la Habana logra fugarse por enésima ocasión con ayuda de sus amigos americanos y se traslada a Filadelfia. En febrero de 1822 regresa a México para verse apresado nuevamente por el capitán del castillo de San Juan de Ulúa, último reducto de las fuerzas realistas. Liberado finalmente del que sería su último encierro, se incorpora a la vida política de la emergente nación.

En los escasos ocho meses que estuvo en Filadelfia, Mier publicó uno de sus textos más importantes, la *Memoria político-instructiva* (1821 y 1822). Se trata de un firme y extenso alegato a favor del régimen republicano y su consecuente repudio por la monarquía. En este texto Mier, como Roscio y otros intelectuales americanos hicieron en su momento, de la mano de las arengas constitucionalistas de

⁴² Juan German Roscio, *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*, Domingo Miliani (Prólogo, cronología y bibliografía), Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1996.

⁴³ Los contenidos de la biblioteca fueron publicados por Cristina Gómez, *Censura y Revolución: libros prohibidos por la Inquisición de México (1790-1819)*, Madrid-México, Trama-Consejo de la Crónica del DF, 2009, *passim*.

Thomas Paine, acude al ejemplo de las Sagradas Escrituras para demostrar la inviabilidad histórica de la monarquía.⁴⁴ La fuerza de las ideas conjugada con el resorte de la inconformidad social suele ser antídoto poderoso contra ambiciones personales o de grupo: Iturbide se coronó en julio de 1822, pero obligado por el levantamiento de Santa-Anna en Veracruz y el rechazo social deja el poder en diciembre de 1823.

Con la caída de Iturbide, Mier se incorpora a los trabajos del Congreso constituyente y en los debates que se llevaron a cabo en su seno insistiría en su posición federalista, misma que había dejado clara en la *Memoria Político-Instructiva*. Habían transcurrido veintinueve años desde la fecha de su destierro y finalmente había logrado el reconocimiento de sus contemporáneos a su dedicación por la libertad que ahora daba inicio, pero no ciertamente una cabal comprensión a sus ideas. Quizá por ello su muerte en 1827 “señala el comienzo –diría Alfonso Reyes- de una larga convulsión nacional”.⁴⁵

La vida del padre Mier puede verse como un acto en continua secularización en el que la Virgen de Guadalupe se transforma de acto de fe en argumento, en palabra. “Con Mier no concluye, ciertamente -afirma O’Gorman- la historia guadalupana y mucho menos la devoción a la imagen, pero sí su capítulo novohispano.”⁴⁶ Mier –si se quiere mirar de esta otra forma- mostró el rumbo de las prioridades nacionales. La Virgen de Guadalupe seguiría siendo parte sustancial del alma nacional, pero los intereses de la patria le antecedian.

⁴⁴ Dr. Servando Teresa de Mier, *Memoria Político-Instructiva*, (edición facsímil de la de 1822) Manuel Calvillo (Prólogo), México, Banco Nacional de México, 1986.

⁴⁵ Alfonso Reyes, “Prólogo a Fray Servando”, en *Obras Completas*, T. IV, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 555.

⁴⁶ Fray Servando Teresa de Mier, *Obras Completas. El Heterodoxo Guadalupano*, T. I, p. 120.

Bibliografía:

Fray Servando Teresa de Mier, *Obras Completas. El Heterodoxo Guadalupeño*, T. III, Edmundo O'Gorman (estudio preliminar y selección de textos), México, UNAM, 1981.

Obras Completas. El Heterodoxo Guadalupeño, T.I., Edmundo O'Gorman (estudio preliminar y selección de textos), México, UNAM, 1981.

Memorias, Antonio Castro Leal (edición y prólogo), México, Editorial Porrúa, 1988.

Obras Completas. La formación de un Republicano. T. IV, Jaime E. Rodríguez O. (Introducción, recopilación, edición y notas), México, UNAM, 1988.

Carta de despedida a los mexicanos. Escrita desde el Castillo de S. Juan de Ulúa por el D. D. Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra. Impreso en Puebla en la Imprenta Liberal de D. Pedro Garmendia, 1821.

Dr. Servando Teresa de Mier. Memoria Político-Instructiva, (edición facsímil de la de 1822) Manuel Calvillo (Prólogo), México, Banco Nacional de México, 1986.

Escritos inéditos. Fray Servando Teresa de Mier, J. M. Miquel I Verges y Hugo Díaz-Thome (Introducción, notas y ordenación de textos), México, INEHRM 1985.

González, José Eleuterio, *Biografía del Benemérito mexicano D. Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra*, UANL, 1978, edición facsímil de la de Monterrey, Juan Peña editor, 1876.

Ortografía de la Lengua Castellana, compuesta por la Real Academia Española, octava edición notablemente reformada y corregida, Madrid, en la Imprenta Real, año de 1815.

Aguilar Zapata, Gerardo *Bibliotecas antiguas de Nuevo León*, Monterrey,

Universidad Autónoma de Nuevo León, 1996.

Alamán, Lucas, *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, (edición facsímil de la de 1849), México, Fondo de Cultura Económica-Instituto Cultural Helénico, 1985, 5 vols.

Brading, David, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, Soledad Loaeza (traducción), México, SEP, 1973. (Sep-Setentas no. 82)

Gómez de la Cortina, José. *Diccionario de Sinónimos Castellanos*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1845.

Guzmán José R., “Fray Servando Teresa de Mier y la Sociedad Lautaro”, en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 7^a. Época, (1) 49, México, 1969, pp. 275-288.

Goubert, Pierre, *Historia de Francia*, Marta Carrera y Marga Latorre (traducción), Barcelona, Editorial Crítica, 1987.

Herr, Richard, *España y la revolución del siglo XVIII*, Elena Fernández Mel (traducción), Madrid, Aguilar Ediciones, 1975.

Hunt, Lynn, “La vida privada durante la Revolución Francesa” en Philippe Ariès y Georges Duby (dirección), *Historia de la vida privada*, Francisco Pérez Gutiérrez y Beatriz García (traducción), T. 4, Madrid, Taurus Ediciones, 1989, pp. 21-51.

Menendez Pelayo, Marcelino, *Historia de los heterodoxos españoles. Regalismo y Enciclopedia*, Arturo Farinelli (Prólogo), México, Editorial Porrúa, 1983.

Mora, José María Luis. *Obras Completas*, vol. 8, Lillian Briseño, Laura Solares y Laura Suárez (Investigación, recopilación, selección y notas), México, Instituto Mora-SEP, 1988.

O’Gorman, Edmundo, *El pensamiento político del Padre Mier*, México, UNAM, 1945.

Reyes, Alfonso, “Fray Servando Teresa de Mier”, en *Obras Completas*, T. IV, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 433-442.

Roscio, Juan German, *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*, Domingo Miliani (Prólogo, cronología y bibliografía), Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1996.

Torre Villar, Ernesto de la y Ramiro Navarro de Anda, *Testimonios históricos guadalupanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.